

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

EL

Colegial

M.R.



PRECIO
\$ 1.-

AÑO 1
DE SEPTIEMBRE DE 1941

EL ALBA DE LA
PATRIA NUEVA

LA BANDURRIA

(*Theristicus caudatus*)

No es opinión mía, sino de dos grandes hombres de Ciencia, que aseguran que la Bandurria es un ave utilísima a la Agricultura y que es digna de toda protección de parte del hombre. Esto lo dicen Carlos A. Merelli y Teodoro Alvarez. La opinión de estos hombres es más que suficiente para saber apreciar en todo lo que vale esta hermosa ave. Además la opinión de estos hombres coincide perfectamente en los conocimientos que tenemos de la vida de ella.

Para que los lectores del "EL COLEGIAL", sepan apreciar en todo lo que vale, la presentamos aquí. Está probado que no existen agentes químicos capaces de destruir una plaga con la rapidez y eficacia con que lo hacen las aves y que mantienen un equilibrio biológico entre los seres vivientes y evitando así la superproducción de especies nocivas, las que sin control alguno, en pocos años serían dueñas absolutas de nuestros sembrados. La Bandurria es una de estas especies que limpia los campos de cuanto ser perjudicial hay en la tierra.

Es pues, de interés general, que se proteja a esta ave que presta tantos servicios a nuestra Agricultura. Como ave de adorno de nuestros Parques y Jardines, también merece ser conservada y, si fuera posible, fomentar su multiplicación. Sus hermosos colores dan de ella una idea de su belleza, su porte elegante le dan cierta arrogancia y su gravedad en el andar, forman un conjunto de hermosura y belleza. En una palabra es un ave que nos debe ser familiar en nuestros Parques y Jardines públicos.



En cautividad vive muy bien; se domestica y se acostumbra con la persona que la cuida, la sigue y recibe de su mano el alimento. La Bandurria es un habitante de todo el Continente Sudamericano. En Chile habita desde Magallanes hasta la provincia de Tarapacá. Sus nidos los construyen en los peñascos agrietados de los cerros, los hace de ramitas y muy bien tapizados por dentro con césped fino. Los huevos son de color blanco ceniciento, miden 67 por 42 mm. Los polluelos son insoresos.

La Bandurria pertenece al Orden de las Aves Zancudas y a la Familia de los Ibidos, es pariente del Ibis sagrado de los Egipcios. La Bandurria es un ave que llama la atención por su grito que semeja un pitazo o más bien un golpe de un fierro sobre una roca.

(APARECE LOS
VIERNES)

Castilla 6562
—Correo 4—
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

AÑO I

El COLEGIAL

SET 10 1941

DEPÓSITO LEGAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:

\$ 1.00

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Anual . . \$ 50.—

Semestra . . 25.—

Director Propietario — E. CARO

No 21

MI CHARLA DE HOY

Primavera de la vida, primavera de la Patria es este tibio sol de Septiembre que centellea reflejando toda la gloria de la tierra chilena. ¡El Dieciocho!

Dieciocho de Septiembre, alegría clamorosa que vivifica el corazón y lo baña en santo orgullo de amor patrio. Renovación intensa de sentimientos puros, inmenso gozo de identificarse, de absorberse en heroicos sacrificios cantados por la tradición de nuestra raza. Nombres luminosos de héroes preparando el bello camino del futuro, alumbrándolo con la rojiza llamarada de la sangre noble. San Martín, O'Higgins, Manuel Rodríguez, Carrera, Rozas, astros magníficos en el cielo ancho y puro de la Libertad.

Y nosotros, niños llegados al templo de la Patria, no para rogar santamente como lo hicieran nuestros antepasados, mientras en la diestra brillaba el acero desnudo, sino llegados para elevar preces de gracia porque ya está hecho lo mayor; la conciencia de chilenos, el alma de chilenos, nosotros, niños, preparemos nuestro espíritu para que jamás pueda perderse la heroica, la genial, la fervorosa obra de nuestros padres. Juguemos a los soldados con sables y caballos de madera; deleitémonos mandando de General en Jefe a nuestros soldaditos de plomo; pero en medio de esos juegos no olvidemos lo principal, que nos hará asemejarnos a los héroes de nuestra tradición; ¡No olvidemos el estudio! ¡Viva el Dieciocho!

EL COLEGIAL



La Isla de los Cruzados



RECUERDEN: Que Emilio Zboyan trata de eliminar al piloto Barnes que ha sido contratado por el emperador de Jogan para adiestrar a su cuerpo de aviadores... Sandy pilotea un avión que le facilita Mr. James Elliot el que cae al mar incendiado salvando fieso el joven Sandy.

CAPITULO IV

Esa misma mañana Balbona y Wilding, salieron del aeropuerto de Roma para seguir por los aires un rumbo sureste a través del talón de Italia, atravesar el Mar Jónico, pasar por la punta de Grecia, el Mar Egeo y aterrizar por fin en la isla medieval de Rodas.

Se acercaron a la casa de piedra que constituía el cuartel general de Basilio Zboyan, aunque con mucho menos valor, que el que demostraron cuando torturaban a Antonio.

Entre tanto, Barnes y el joven Sandy encontraron al propietario del avión en Port Said en el mismo hotel donde ellos se alojaban. James Elliot dijo a Sandy que ya esta-

ba enterado y de que se alegraba de que no hubiese recibido ningún golpe importante.

—¿Y qué le parece a usted del avión? preguntó Bill. No habrá quedado de él mucha cosa que se pueda salvar, Sandy no puede...

Elliot sonrió e hizo un ademán y dijo:

—No se preocupe de eso. Tengo contratado un seguro contra todo riesgo. De no haber sido así no le hubiese permitido volar en él. Además aun me queda el sello que me regaló Sandy y que para mí tiene mucho más valor que el avión...

Bill miró asombrado a Mister Elliot, creyendo que se las había con un loco.

—¿Quiere usted darme a entender que da mayor precio a este sello de la India Oriental que al avión? preguntó incrédulo.

Elliot afirmó con una inclinación de cabeza.

—Con referencia a este sello, así es, dijo. Y me hago cargo, señor Barnes de que un aviador no comprenda eso. El que no es coleccionista de sellos nunca podrá hacerse cargo del entusiasmo de un verdadero filatélico, ¿no es verdad, Sandy?

Este miró a Bill y luego a Elliot y prefirió no comprometerse. Sabía que el precio del catálogo del señor era sólo cuarenta dólares. No podía, pues, comprender el interés de aquel hombre por semejante ejemplar. Así, pues, se limitó a sonreír.

—En tal caso, ¿debo entender, preguntó Bill, que se considera en paz con Sandy?

—Sí, señor, replicó Elliot.

—¡Magnífico! le contestó Barnes mientras le estrechaba la mano. Es usted una excelente persona.

—No vale la pena, repuso Elliot. En este caso he ganado mucho más de lo que he perdido.

Sin embargo, algo indefinible en la expresión del rostro de aquel hombre y en sus ojos, causaron una impresión desagradable en Bill. Aquel individuo despertaba su desconfianza. Titubeó un momento y luego dijo:

—Si fuese Ud. tan bondadoso, le agradecería diese a Sandy un documento, de su puño y letra, declarando sus intenciones.

—Voy a extenderlo inmediatamente, contestó Elliot, poniéndose de pie para ir a la sala de lectura.

—¿Qué le pasa a este hombre? preguntó Bill a Sandy. ¿Está loco?

—No contestó el muchacho. No es más que un filatélico. Hay muchos como él. Es un pasatiempo cuando despierta el interés de algún individuo.

En eso volvió James Elliot para entregar el documento a Bill que lo leyó cuidadosamente. Elliot lo observaba en tanto que en su rostro se dibujaba una sonrisa.

—¿Le parece bien? preguntó en cuanto Bill hubo terminado la lectura.

—¡Magnífico! contestó el aviador.

Pero volvió a leer el documento con el mayor cuidado. Experimentaba una extraña sensación que no podía precisar. Leyó despacio, o, mejor dicho, fingió leer, porque en realidad más bien pensaba.

—¿Quiere usted vender el otro sello de la India? preguntó a Sandy Elliot.

—En realidad no sé qué contestarle, le dijo el muchacho. Aunque en realidad me gustaría guardármelo, pues ya sabe usted que son ejemplares raros.

—Ya lo sé, contestó Elliot. Le doy doscientos dólares por el segundo sello.

Sandy abrió los ojos desmesuradamente y pensó que realmente aquel individuo estaba loco. Díjose también que aquel hombre se había portado bondadoso con respecto al avión, él no había de aprovecharse de tan generosa oferta, sino que le cedería el sello por el precio marcado en el catálogo.

—Mire, voy a decirle lo que haré, exclamó Elliot interrumpiendo sus reflexiones. Le doy cuatrocientos dólares, o sea doscientos por el primero y otros tantos por el segundo.

—¡Eso no es justo! tartamudeó Sandy. A cambio del primero volé en el avión. Trato es trato. Además, esos sellos indios figuran en mi catálogo por el precio de cuarenta dólares. Se está usted estafando a sí mismo.

El rostro de Bill parecía haberse convertido en piedra en tanto que escuchaba aquella conversación. Sin duda alguna había en aquel asunto algo muy raro. ¿Por qué se empeñaba de tal modo aquel señor



James Elliot, leyó el cablegrama redactado en clave.

en apoderarse de los dos sellos? En el primer instante Bill no le dió importancia, pero después de la insistencia de Elliot comprendió que algo raro sucedía.

—¡Caramba! ¿Tanta necesidad tiene usted en ese sello, Elliot? preguntó Bill mientras lo estudiaba. Quizá sepa usted algo que Sandy ignora.

James se encogió de hombros y sonrió.

—Sandy conoce el precio del catálogo y lo mismo puedo decir yo. Si no quiere vender, puede guardarlo. Yo me conformo de todos modos.

—No se trata de los dos sellos que alguien te entregó en Roma, Sandy?

—Sí, señor, contestó el muchacho. Y ya me están quemando los dedos.

—Con los sellos sucede eso a veces, dijo Elliot, expresando, tal vez

algún oculto pensamiento. Pero, en fin, no hablemos más de eso. Hay muchas maneras de matar pulgas.

Se volvió y se dirigió al hotel.

—Oiga, dijo Sandy apretando los puños y sonrojado de cólera. ¿Cree usted que ese individuo ha querido llamarme pulga?

—Es muy probable, le contestó Bill, ahora déjame ver ese valiosísimo sello.

Mientras se dirigían a la habitación de Sandy, James Elliot, abrió un cablegrama redactado en clave. Sacó un libro y hecha la traducción, vió que decía: "Apodérese del otro sello".

No era una petición, sino una orden, la que causó extraño escalofrío a Elliot. Y cuando guardaba el cablegrama le temblaban las manos. Pero ya estaba decidido a todo.

(Continuará)

Vergel INFANTIL



an día en que se destaca
amor del ciudadano
Chile, su hermosa Patria,
el chileno, su hermano.

de que la aurora empieza
mostrar el magno día,
os nuestros corazones
desbordan de alegría.
que es fecha inolvidable
recuerda en nuestra Historia
Dieciocho que a Chile
bezó a llenar de gloria.
dieciocho! Hacedle coronas
copihues blancos, rojos,
son emblema de paz
son emblema de arrojós.

Dieciocho mío, hoy las cimas
de más blanca nieve llenas,
más azul el mar, más roja
la sangre de nuestras venas.

Suena el Himno Nacional
entre flamear de banderas
y se oye el ritmo gracioso
de nuestra cueca chilena.

La fiesta vibra en el aire
al son de marchas triunfales
y por todas partes lucen
los colores nacionales.

¡Dieciocho! ¡Hacedle coronas
de copihues blancos, rojos,
que son emblema de paz,
que son emblema de arrojós!

BRIOSEN

MATINAL

Tiende la nieve
sobre la falda de la colina,
su escarcha leve.
Y el sol radiante
que la ilumina
quebra rayitos arcoirísados
en los cortijos
y en los sembrados
que hay a la vera de la colina.

En los tallitos
que antes mecieron hermosas flores
y botoncitos,
prendió el rocío
sus esplendores.
Y la colina se vé ataviada
de filigrana
tornasolada
de mil destellos y resplandores.

MALVALOCA



Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor, ayudado por el buen mago Persides, va en busca de la espada mágica y el guantelete encantado, dos talismanes que le ayudarán a vencer al señor de Faunas, quién asesinó al padre de Lindor y lo despojó de sus bienes. El señor de Faunas, ayudado por la reina de las brujas, Malagesta, prepara una trampa al joven menestral. Este va en busca de la espada que está guardada por un buitre monstruoso. Este se lanza sobre el joven.



1. Instintivamente el joven estiró la mano cubierta con el guantelete de hierro y al punto el gigantesco buitre, al ser tocado por el mágico talismán, cayó herido de muerte al suelo. En el acto, Lindor saltó sobre la roca para apoderarse de la espada encantada.

2. Mientras tanto, el astrólogo del señor de Faunas seguía estudiando los cielos en el curso de los astros. De pronto vio un signo que lo llenó de espanto. La cara del señor de Faunas palidecía y eso era un mal presagio que debía comunicar al amo.



3. Cuando el astrólogo Fariano entró en el aposento del señor de Faunas, halló a éste de muy buen humor y a su lado estaba la bruja Malagesta. —¿Qué ocurre? preguntó sonriente el patrón. —Vuestra vida está en peligro, señor, por causa del menestral, dijo Fariano.



4. Creo que vuestras estrellas se han equivocado esta vez, dijo el amo, sin poder sonreír. Mi buena amiga Malagesta me ha traído buenas noticias. Así pues, repite, maestro Fariano. El astrólogo se levantó levantando los brazos desesperadamente lleno de temor.

Menestral



Apenas salió el astrólogo Fariano, la bruja Malagesta dió al señor de Faunas sus últimas instrucciones para hacer caer en la trampa al joven menestral y desapareció en la noche. Entonces el amo llamó a su capitán de guardias y le dijo que recibieran a Lindor con toda clase de miramientos. —Pero tú te encargarás de mirarlo en cuanto me llegue la espada.



6 Mientras tanto, el joven menestral se puso en camino del castillo de Faunas para entregar los dos talismanes, como se lo había ordenado el sabio Persides. De pronto vio una maravillosa aparición: un joven caballero que se le parecía notablemente le indicaba con la mano el castillo de Faunas. La visión desapareció y Lindor comprendió que era su padre.



Aquella aparición había querido significarle que debía seguir hasta el castillo sin ninguna vacilación. Y el joven siguió su camino más decidido que nunca a cumplir lo que el mago Persides le había ordenado. De pronto vio una nueva aparición, una hermosa joven que tenía entre sus dedos un lirio y una rosa marchita. —¡Eliana! exclamó Lindor arrodillándose.



8. La segunda visión desapareció repentinamente como la primera y Lindor se levantó lleno de confianza y prosiguió su viaje hacia el castillo a donde llegó al cabo de media hora. Apenas llegó al puente levadizo, fué saludado por sonido de trompetas. El señor de Faunas y la bruja Malagesta estaban acechando su llegada detrás de una gran ventana.

(Concluirá)



El Rey del Rio de Oro



CAPITULO III

El Viento Sudoeste abandona el Valle del Tesoro

El caballero Sudoeste hizo honor a su palabra: no volvió a poner los pies en el Valle del Tesoro; y, lo que fué peor, supo ejercer tan decidida influencia sobre todos los vientos del Oeste, que todos abrazaron una resolución semejante; de suerte que no volvió a caer en el valle ni una sola gota de agua.

Mientras todo verdeaba y florecía en las llanuras limítrofes, la heredad de los tres hermanos era un verdadero erial. Estos habían dado fin a todo su dinero, y no conservaban más que algunas piezas de oro, tan curiosas como antiguas.

—¿Vamos a hacernos orifices? dijo un día Schwartz a Hans. Es un magnífico oficio para gentes de ancha manga, porque se puede adulterar el oro aleándole con una considerable cantidad de cobre, sin que nadie lo eche de ver.

Convenido entre ambos hermanos que la idea era feliz, alquilaron una fundición y se dedicaron al oficio mencionado. Pero dos circunstancias imprevistas vinieron a perjudicar su negocio: la primera,

que el público no aceptó como bueno el oro adulterado que fabricaban ellos; la segunda que cada vez que los hermanos mayores vendían alguna cosa, dejaban a Gluck el cargo de cuidar la fundición y iban a la taberna de al lado a beber el dinero que habían obtenido.

De esta suerte fundieron cuatro onzas de oro, sin ahorrar dinero para comprar más, hasta que llegó un momento en que sólo les quedaba un gran jarro, que Gluck tenía en gran estima, por ser regalo de un tío suyo, y del cual no se hubiera prescindido por todo el dinero del mundo, aunque jamás bebía en él más que leche aguada. Este jarro era de una hechura extraña. Su boca se hallaba formada por dos grandes bucles de hilos de oro, tan delicadamente labrados, que más parecían de seda que de metal, los cuales se fundían en su caída en una barba y patillas de la misma exquisita contextura, para rodear y servir de ornamento a un rostro

ño y feroz, del oro más rojo que pueda imaginar, puesto precisamente en la parte delantera del jarro, donde resaltaban con extraño brillo sus ojos, que parecían domarlo todo. Cuando le llegó a este punto la vez de ser convertido en charas, faltó poco para que el colado de Gluck estallase de dolor; pero sus hermanos se rieron de él, quitaron el jarro en el crisol, y se fueron a la taberna, dejando a Gluck el encargo de verter el oro fundido en los moldes, para darle forma de barras, así que estuviera a punto para ello.

No bien hubo quedado solo, Gluck echó una mirada de despedida a su antiguo amigo, que ya yacía en el fondo del crisol, y se encaminó a la ventana. Al través de los cristales contempló las cimas de los montes, teñidas de rojo y purpura por los rayos del sol poniente, y el río, cuyo brillo superaba a todas las otras cosas, despidiéndose de roca en roca y de precipicio en precipicio, cual columna de oro fundido, y en cuya aguas se reflejaba la luz formando un doble arco iris de peregrina belleza.

—¡Ah! exclamó Gluck en voz alta después de contemplarlo unos momentos. ¡Qué hermosura, si ese fuese de oro realmente!

—No, Gluck, no; no lo creas, dijo una voz bien clara a su oído.

—¿Qué es esto, Dios mío? exclamó, dando un salto, el muchacho.

Pero a nadie descubrió en torno suyo.

Registró todos los rincones y arroyos, y empezó después a dar vueltas con la mayor celeridad posible por el centro de la estancia, pensando que le perseguía alguien,

cuando la misma voz volvió a resonar en su oído.

Pero en esta ocasión no pronunciaba palabra alguna; era un suave tarareo, una dulce melodía, semejante al rumor que produce una caldera de hervir. De pronto pareció al muchacho que el ruido salía del horno. Corrió a la puerta de éste y miró hacia el interior, y, en efecto, no se había equivocado; el ruido procedía no sólo de dentro del horno, sino del mismo crisol. Quitó la tapadera y retrocedió espantado, porque era realmente el crisol el que cantaba. Andando hacia atrás sin saber lo que hacía, llegó hasta el rincón más apartado de la estancia y en él permaneció, con las manos levantadas y un palmo de boca abierta, por espacio de dos o tres minutos, cuando cesó la canción y dijo con tono claro la voz:

—¡Hola!

Gluck nada contestó.

—¡Hola, Gluck, hijo mío! repitió el crisol de nuevo.

Hizo Gluck un llamamiento a todas sus energías, fuése derecho al horno, sacó de él el crisol y examinó su interior. El oro se había fundido todo, y su superficie estaba tan lisa y pulimentada, como la de un río tranquilo; pero en vez de reflejar la cabeza del joven, cuando éste asomó a su interior, vió debajo de él la encarnada nariz y los penetrantes ojos, que le miraban de hito en hito, de su antiguo amigo el jarro.

—Ven, Gluck, hijo mío, dijo la voz que salía del crisol, sácame, que me hallo incólume.

Pero el joven se sentía casi paralizado de terror.

—Sácame, te repito, dijo la voz



—Dispensad, señor mío; ¿érais mi perro?

con acento algo amostazado.

Gluck, empero, no era todavía dueño de sus movimientos.

—¿No me quieres sacar? dijo la voz con acento enojado. Siento demasiado calor.

Merced a un violento esfuerzo, recobró Gluck el uso de sus miembros; tomó el crisol y volvió como para vaciar el oro. Pero en lugar del chorro líquido, salieron de él, primero, un par de piernucas amarillas, después los faldones de una casaca, luego un par de brazos y, por último, la conocida cabeza de su amigo el jarro y, uniéndose unas con otras todas las partes, según iban cayendo, surgió al fin sobre el suelo un enanillo de oro de unos cuarenta y cinco centímetros de estatura.

—¡Está bien, dijo el enano, estirando primero las piernas, y los brazos después, y moviendo a continuación la cabeza en todas direcciones por espacio de cinco minutos

para cerciorarse, sin duda, de que todos sus miembros se hallaban bien colocados, mientras Gluck contemplaba en silencio, presa de mayor asombro.

Vestía el enanillo jubón acamillado de tejido de oro, tan brillante que los colores reverberaban como en una superficie de metal sobre el que caían a lo largo, formando tirabuzones, sus cabellos y barbas, los cuales se prolongaban hasta la mitad de la distancia al suelo.

El extraño ser volvió hacia Gluck, sus pequeños y penetrantes ojos lo mantuvo clavados en él durante un momento por espacio de un minuto o dos, con lo cual dió tiempo al joven para reconcentrar un poco sus pensamientos; y, no hallando en el enano cosa especial que inspirara recelo, se aventuró a presentarle:

(Continuar)

PASATIEMPOS

Pinocho, por Nino

P....
I.....
N....
O....
C....
H....
O.....



NINO

- 1.— Signo.
- 2.— Desgraciado.
- 3.— Dañoso.
- 4.— Disciplina.
- 5.— Casa humilde.
- 6.— Monstruo vencido por Hércules.
- 7.— Escondido.



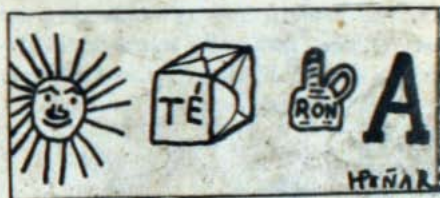
Jeroglífico, por Briosen



Charada ilustrada por Alej.



Jeroglífico Patriótico, por Tío Atilio



Jeroglífico, por H. Peña.



Jeroglíficos por Pond's
Adivinanzas, por Briosen

- 1.— Estoy en la mayoría de las prendas de vestir las cuales conmigo se sujetan sin dejarme en paz vivir.

HISTORIA GRAFICA



161. Don Lope de Ulloa y Lemos limitó su gobierno a seguir fielmente el plan del Padre Valdivia; pero tropezó con muchas dificultades. Una epidemia de peste hizo estragos hasta en los animales y el Mapocho se salió cinco veces inundando por completo la ciudad.



163. El sucesor, don Pedro Osorez de Ulloa, retiró abiertamente su protección al Padre Luis de Valdivia, aconsejado por los jefes del Ejército que consideraban vergonzosa la guerra defensiva. Dió como pretexto que la guerra defensiva había sido sólo un fracaso.



162. Murió don Lope de Ulloa dejando el gobierno al doctor Cristóbal de Cerda. Aleccionado por las recientes inundaciones, el nuevo Gobernador construyó tajamares de piedra en el Mapocho. Acusado de desobedecer al Padre Valdivia, el virrey del Perú lo destituyó.



164. Aprovechando la ausencia del Padre Valdivia, Osorez, a pesar de contar ochenta y cuatro años de edad, no vaciló en desobedecer al Rey y penetró con su ejército en tierras araucanas, restableciendo el prestigio tan decaído de los últimos G

DE CHILE



165. Osorio murió pronto y designó para sucederle a su cuñado don Francisco Alarcón. Este no tenía ningún prestigio y durante su gobierno no hizo otra cosa que favorecer a sus amigos y allegados. No tardó en ser reemplazado por don Luis Fernández de Córdoba.



166. Fernández de Córdoba atacó a los araucanos y decretó la esclavitud para todos los indios que cayeran prisioneros. En esta tarea fué ayudado eficazmente por todo el mundo, pues a todos les convenía surtir de esclavos que trabajarían gratis la tierra del amo.



167. Pero los araucanos volvieron a recordar los tiempos heroicos de Lautaro y de Caupolicán; cuando combatían no por el robo y el pillaje como lo hacían ahora en los malones, sino por una causa más noble y digna, cuando combatían por la independencia del país.



168. Y también, como otrora, surgió un magnífico caudillo que reunió a los grupos dispersos y formó un gran ejército a cuya cabeza derrotó a las tropas españolas, destruyó a Nacimiento y asaltó dos veces la ciudad de Chillán. Este nuevo caudillo se llamaba Lientur.



Viajes de Juan Sebastián de Elcano

CAPITULO VIII

Antes la muerte que el enemigo

Durante los 15 días que allí comerciaron los exploradores, mandó Almanzor busear un portugués que vivía en Terranate, para que se entendiesen con él. Llegado éste a la presencia de Espinosa y de El Cano, los abrazó con efusión y les dijo que los de su nación estaban irritados contra Magallanes y que recelosos de los descubrimientos que pudiera hacer y de las ventajas que reportarían al Emperador habían decidido apresar la armada, para lo cual tenían varias naves apostadas en el Cabo de Buena Esperanza y otras en las proximidades del Mar Rojo, y que si no estaban ya en las islas de la Especiería era a causa de las tormentas que les habían hecho resguardarse.

Estas y otras malas noticias inquietaron tanto a los expedicionarios, que les hicieron apresurar la partida y estudiar el modo de seguir una nueva ruta que les evitase el caer en manos de tan crueles enemigos.

Llegada la hora de partir con la preciosa carga de especias y con los

presentes y las cartas de vasallaje de los reyezuelos, se desplegaron las banderas, tronó la artillería, subieron al cielo los gritos de la multitud espectadora, y la Victoria empezó a deslizarse mansamente sobre las aguas. La Trinidad debía seguirla; mas apenas empezó a moverse se observó en ella una gran vía de agua. Hizo señas a la Victoria para que volviese al puerto, y examinada la avería se pudieron todos dar cuenta que era de tal calibre, que necesitaba tres meses, por lo menos para la reparación.

Era preciso descargar completamente la Trinidad para repararla. Se acordó hacerlo así y poner inmediatamente manos a la obra. Entonces, mejor que nunca demostró el rey moro su lealtad, enviando sus buzos y sus carpinteros en socorro de los exploradores. Mas se determinó que la Victoria emprendiese el viaje a España, quedando allí la Trinidad hasta que pudiese seguirla.

En esta ocasión se pudo ver el heroísmo de aquellos navegantes. Hasta allí una nave podía ayudar a la otra o salvar su tripulación; en adelante irían solos y sin esperanza de auxilio. La situación era, por lo tanto, desesperada e insostenible; pero nada temieron los intrépidos expedicionarios; los alentaba



Se despidió a la "Trinidad" con vivas a España y salvas de artillería

la fe y la confianza en su indomable energía.

La Victoria, tripulada por cuarenta y siete europeos y trece indios, decidió salir, aprovechando los vientos del Este. Se despidió de la Trinidad con vivas a España y salvas de artillería, mientras los tripulantes de una y otra nave invocaban la ayuda del Altísimo con fervor en el alma.

En Tidore quedaba Carvallo con cincuenta y tres hombres. Después que arreglaron la Trinidad se dió a la vela; pero con tan mala suerte que azotados por continuas borrascas, tuvieron que volver a Terranate, hambrientos y descorazonados. En dicha isla les esperaban los portugueses, y tantos infortunios sufrieron que sólo cuatro llegaron con vida a Lisboa.

Ya se había perdido de vista el puerto de Tidore y aún seguía El Cano, en el puente y fijando sus

ojos en los compañeros que allí dejaba. Con el corazón oprimido se sentó a reflexionar sobre el pasado y sobre el cargo que actualmente le habían confiado. Después, como sacudido por súbita energía, se levantó y mirando hacia el horizonte, dijo:

—¡Llegaremos!

Esta palabra, pronunciada con voz enérgica, hizo estremecerse a su paje, que se encontraba cerca de él en silencio.

—¿Tienes miedo? le preguntó El Cano.

—No, mi capitán y mejor aún, mi almirante; me apena la suerte de los que allá dejamos.

—Quedan muy animosos y con un buen capitán, el que cuidará de ellos.

—Y nosotros, ¿llegaremos a España? preguntó tímidamente el paje.

(Continuará)

CUATRO GRANDES



SAN MARTÍN

Este prócer intachable, que el destino marcó con el sello del genio, nació el 25 de Febrero de 1778 en el pueblo de Yapeyú en la provincia argentina de Misiones, y fué hijo del capitán español don Juan de San Martín. Después de libertar a su patria, pasó a Chile a la cabeza del Ejército de Los Andes que organizó en Mendoza, y secundado por O'Higgins logró libertar a nuestra patria de la dominación española.



O'HIGGINS

Don Bernardo O'Higgins nació en Chillán el 20 de Agosto de 1776, y fueron sus padres don Ambrosio O'Higgins, presidente de Chile durante la Colonia y, más tarde virrey del Perú y doña Isabel Riquelme. Apenas estalló la guerra de la Independencia, formó unas milicias y se puso a las órdenes de Carrera. Sus virtudes ciudadanas y guerreras le valieron al cabo ser considerado el Primer Padre de la Patria.



CARRERA

Don José Miguel Carrera nació en Santiago de Chile, el 15 de Octubre de 1785. Principió su carrera militar combatiendo para libertar a España de la dominación de Napoleón. Luego volvió a Chile y fué el primer general chileno que combatió contra las tropas realistas. Su ímpetu juvenil y su orgullo personal no admitían rivales en el poder y eso le impidió, tal vez, realizar su sueño de libertar a Chile.



MANUEL RODRÍGUEZ

Nació en Santiago en 1786. Era abogado cuando el general Carrera lo nombró su secretario. La fertilidad de su ingenio era insuperable y su actividad en servicio de la patria era incansable. Por medio de un astuto plan de guerrillas preparó en Chile el terreno para la invasión del Ejército de Los Andes. Y en horas de espanto y de luto, el glorioso guerrillero supo evitar el desaliento de sus conciudadanos.



El pobre dueño del teatrillo se asustó terriblemente y luego sintió el mayor dolor al ver el estado en que había quedado la desdichada reina, porque era la muñeca más linda de cuantas tenía. El bulldog la había estropeado por completo. Pero cuando todos los espectadores se hubieron marchado, el compañero de viaje de Juan, dijo que él podría dejarla como nueva. Tomó su botellita de bálsamo y frotó a la muñeca con el mismo líquido que ya le sirviera para curar la pierna fracturada de la vieja. Inmediatamente la muñeca apareció entera y de una sola pieza, como antes, pero con la particularidad de que así como anteriormente era preciso moverla por medio de unos hilos, ahora sabía hacerlo por sí misma, de manera que se parecía ya a un ser vivo, excepción hecha de que no podía hablar. Su dueño quedó contentísimo, al ver que aquella muñeca le ahorraría mucho trabajo; en efecto, sabía bailar sola, cosa que ninguna de las demás era capaz de hacer.

Por la noche, cuando todo el mundo se había acostado, alguien oyó unos suspiros tristísimos y como no cesaban, todos se levantaron para averiguar la causa. El dueño de los muñecos se encaminó al teatro y pudo notar que de allí parecían salir los suspiros. Todos los muñecos de madera estaban tendidos formando un montón; y el rey y sus guardias suspiraban doloridos y miraban con sus ojos de cristal muy abiertos. Deseaban que los untasen con el bálsamo prodigioso como a la reina, a fin de ser capaces de mover los miembros según le ocurrió a ella. La reina en persona se arrojó a los pies del compañero de viaje de Juan y quitándose la corona se la tendió, diciendo:

—Hacedme el obsequio de tomarla, pero, por favor untad con el bálsamo maravilloso a mi marido y a los cortesanos.

El dueño del teatro y de los muñecos, enternecido de extremo, no lo pudo evitar y estalló en sollozos. Inmediatamente prometió al compañero de viaje de Juan que le daría todo el dinero que poseía, si consentía en untar cinco o seis de los muñecos más bonitos.

Pero el compañero de viaje de Juan dijo que no quería más recompensa que el sable que el dueño del teatro llevaba al cinto. Y en cuanto recibió el arma se apresuró a untar a seis muñecos. Estos llenos de alegría, empezaron a danzar y lo hacían tan lindamente, que todas las muchachas vivas que contemplaban la escena no pudieron contenerse y a su vez, empezaron a bailar. Luego el cochero, el cocinero, el camarero y la camarera, así como todos los huéspedes de la posada tomaron parte en el baile, y los imitaron también la pala del carbón y las tenazas; pero éstas se cayeron una sobre otra en cuanto quisieron dar el primer salto. En conjunto, podemos asegurar que fué una noche muy divertida.

A la mañana siguiente, Juan y su compañero de viaje salieron de la posada y emprendieron la ascensión de la montaña, a través del enorme bosque de pinos. Y alcanzaron tal altura que, al fin, las torres de las iglesias que había en el valle parecían simplemente, unas bayas rojas entre el verde de los árboles. A los lejos pudieron divisar un panorama de muchas millas cuadradas de extensión y ver lugares en que no habían estado nunca. Juan no había contemplado nunca las muchas bellezas que se columbraban desde aquel lugar.

—¡Gran Dios, caigo de rodillas ante Ti y beso el borde de tu vestidura en señal de gratitud por todos los dones de que nos has hecho beneficiarios! exclamó Juan emocionado.

Su compañero de viaje había cruzado sus brazos sobre el pecho y contemplaba los bosques y los pueblos que alumbraba el brillante sol.

Oyeron sobre sus cabezas un canto maravilloso y de extraordinaria belleza; y, al mirar a lo alto, pudieron ver que un cisne blanco se sostenía en el aire con las alas abiertas. Cantaba como nunca oyeron cantar a ave alguna, pero su canto se debilitaba por momentos y el cisne descendía gradualmente hasta que fué a caer a sus pies, ya muerto.

—Tiene unas alas hermosas, dijo el compañero de viaje. Cuando son tan blancas como éstas valen mucho dinero; voy a llevármelas. Ya ves cuán útil me será ahora este sable.

Y de un tajo en cada ala, cortó las dos alas y las cargó sobre su espalda.

Recorrieron muchas millas a través de las montañas, hasta que vieron ante ellos una magnífica capital, que tenía más de cien torres resplandecientes a la luz del sol. En el centro de la ciudad había un espléndido palacio de mármol, con tejado de oro, en el que vivía el rey.

Juan y su compañero de viaje no se proponían entrar inmediatamente en la ciudad. Por esta razón se alojaron en una posada de las afueras, con objeto de cambiar de ropa, pues deseaban tener el mejor aspecto posible, cuando circularan por las calles. El posadero les dijo que el rey era hombre anciano, muy bueno, que nunca causó el menor perjuicio a nadie; pero en que, en cambio, su hija ¡Dios nos libre de ella!, era una princesa malvada sobre toda ponderación.

Era bellísima, demasiado tal vez; probablemente no existía en el mundo doncella tan hermosa y fascinadora como ella, pero ¿de qué



Y de un tajo en cada ala, cortó las dos y las cargó sobre su espalda.

servía eso, cuando era una malvada?

Su padre, el anciano rey, estaba muy apesadumbrado por esta causa, mas no podía impedir que su hija diese aquellas pruebas de maldad.

—Si la princesa es tan mala y vil como dicen, exclamó Juan, merecería ser apaleada. Si yo fuese el rey, juro que a puro garrotazo le haría salir sangre.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando oyó vítores del exterior. Pasaba la princesa y, realmente, era tan hermosa, que cuantos la veían olvidaban su maldad y empezaban a vitorearla entusiasmados. Doce hermosas doncellas vestidas con trajes de seda blanca y llevando en las manos unos tulipanes dorados, montaban en otros tantos caballos negros, rodeando a su señora. La princesa cabalgaba en un caballo blanco como la nieve, cuyos arreos estaban adornados con piedras preciosas; su

traje de amazona era de tisú de oro y la fusta que llevaba en la mano parecía verdaderamente, un rayo de sol. La corona que le ceñía la frente se asemejaba a un círculo de estrellas celestiales y el manto estaba cubierto por millares de hermosas alas de mariposas. Pero ella, en persona, era muchísimo más bella que todo cuanto llevaba para adornarla.

En cuanto la vió, Juan se sonrojó como una amapola y apenas habría podido pronunciar una sola palabra; la princesa era la imagen de la hermosa doncella de la corona de oro, que viera en sueños la noche en que murió su padre. Y le pareció tan hermosa que se enamoró de ella. Sin duda alguna no podía ser cierta la maldad de que, según dijera el posadero, diera prueba al condenar a la muerte a tantos príncipes, en cuanto ellos no eran capaces de contestar acertadamente a las preguntas que la princesa les dirigía.

(Continuará)



QUIEN RAPTO

CAPITULO XXIII



1. Jeff Warren, seguido de sus compañeros, no tuvo dificultad en seguir la huella de los bandidos que se habían llevado a Johnson. De pronto llegaron a una quebrada.



2. Es mejor que nos dividamos, dijo Jeff. Y, en efecto, Jeff, acompañado de Hank Blandon, tomó el lado de la derecha y los demás tomaron por el camino de la izquierda.



3. Por espacio de dos millas Jeff y Hank corrieron entre altos peñascales sin hallar huellas de los bandidos. —Creo que hemos perdido la pista, dijo el joven Warren.



4. De pronto divisaron una cabaña solitaria. —Espéreme aquí, Hank, dijo Jeff, refrenando su caballo, maniobra que imitó también su compañero; iré a examinar esa cabaña.



5. Jeff Warren desmontó y dejó su caballo al cuidado de Hank. —Espéreme aquí, Hank, le dijo Jeff. Sospecho que podré averiguar algo dentro de esa cabaña que se ve tan solitaria.



6. El joven cowboy se acercó a la cabaña y al llegar a pocos pasos de la puerta, gritó: —¿Hay alguien ahí? Luego, al no sentir ninguna contestación, el joven supuso que estaba deshabitada.

A HENSON?



7. Después de vacilar unos instantes, el valiente cowboy se decidió a entrar. Abrió la puerta y dispuesto a todo penetró en la desierta cabaña de madera. Todo era silencio.



8. Jeff recorrió con la vista el interior de la cabaña y no vio la menor señal de vida. Estaba allí pensativo, cuando un disparo resonó afuera. —¡Diablo, qué ha sido eso! exclamó.



9. En el acto se precipitó afuera y en ese mismo momento sintió la carrera de un caballo. Segundos después reconocía el caballo de su compañero Hank. Jeff Warren palideció.



10. Salió al camino y logró detener el caballo por las riendas. En seguida montó en la silla y volvió corriendo al sitio donde había dejado al compañero. Este yacía en tierra.



11. ¿Qué le había ocurrido a Hank? Jeff desmontó de un salto y se arrodilló junto al guardia rural. Hank respiraba todavía y sobre su pecho había una hoja de papel escrita.



12. El joven tomó la hoja de papel y leyó lo siguiente: "¡Mucho cuidado, Warren! Si persiste usted en interponerse en nuestro camino, le ocurrirá a usted lo mismo que a Hank".



RECUERDE: Bernardo Doposo, hijo de un hacendado de San Fernando, consume su fortuna en una vida de disipación y trata de casarse con una rica heredera. Pero fracasa en su intento y para vengarse de su mala suerte, dos años más tarde rapta a los dos niños de la que había estado a punto de ser su esposa y, ayudado por su chofer Martín, abandonan a las criaturas en una cuna flotante. El pescador Galleguillo recoge a los niños y los adopta. Martín descubre que los niños no han muerto y que han sido adoptados por familia de pescadores.

CAPITULO XXIII

Después de oír el relato del buen Galleguillo, Martín exclamó:

—Es una obra muy buena la que han hecho ustedes al recoger a esas pobres criaturas. Dios los ayudará mucho a ustedes.

—¡Bah, la presencia sola de estos niños en la casa es una recompensa. Ya que Dios quiso que yo los encontrara, también habrá querido que yo los recoja, replicó el compasivo pescador.

—Lo dicho; ustedes tienen un corazón de oro y creo que otros no habrían sido tan compasivos como ustedes, dijo el fingido comerciante. Se habrían contentado con recoger los niños y mandarlos a un asilo.

—¡Oh, no hablemos más de esto y dígame qué negocio lo ha inducido a buscarme, replicó el buen pescador tratando de esquivar la conversación sobre los niños encontrados en el mar.

—Solamente que me guarde Ud. una redada de pescado para pasa-

do mañana. Fije usted mismo el precio.

La conversación siguió otro rumbo. Se habló sobre la carestía, la mala pesca, los altos fletes y, en fin, Francisco Galleguillo convino con el fingido comerciante de Peumo que le tendría lista una partida de pescado para el día subsiguiente.

—Permítame que le pague anticipadamente...

—No, no, no puedo admitir eso...! En todo caso sólo podría admitirle la mitad...

—Está bien, tome, aquí tiene la mitad del precio convenido... aunque me habría gustado pagarlo todo.

—¡Nunca habíamos tratado con un comerciante tan bueno y tan honrado! exclamó la señora Catalina, sin poder disimular la admiración que le causaba el comportamiento del comerciante de Peumo.

Poco después, Benito Martín se despedía de los pescadores en la puerta de la cabaña.

El plan de Benito Martín iba tomando ahora una forma más definida. El bribón pensaba valerse del secreto del secuestro de los niños para sacarle dinero a los verdaderos padres.

Tres días más tarde se preparaba a poner en práctica su plan de chantage, cuando ocurrió lo que menos se imaginaba. Dos agentes de policía se presentaron inopinadamente en su casa de Peumo y le

intimaron orden de arresto.

Benito Martín se quedó mudo de espanto. Creyó que se había descubierto todo. Pero cuando los agentes le explicaron la causa de aquel arresto, respiró. Se trataba de pagar la deuda antigua; lo buscaban para que purgara en presidio la muerte que había dado a otro chofer durante una noche de juerga en una taberna.

Su patrón, Bernardo Donoso, había contratado los servicios de un abogado inescrupuloso para salvarlo y Martín había logrado salir bajo fianza, mientras el abogado proseguía los trámites para sobreseer definitivamente el asunto. Pero ahora, la ausencia del hacendado Donoso, o mejor decir, la ausencia de dinero, había obligado al inescrupuloso abogado a abandonar la causa y una nueva orden de arresto se había expedido contra Benito Martín. Y esta vez, sin Santos en la corte, Benito Martín fue condenado a diez años de presidio.

Cuando salió de su prisión, al cabo de diez años, Benito Martín se dirigió a su casa de Peumo donde lo aguardaba su mujer, avisada ya del fin de la condena.

—He padecido mucho, mujer, durante los diez años de prisión; pero no importa. Durante todo ese tiempo me he sostenido también con el pensamiento de que al salir del presidio sería rico.

Y ese mismo día, Benito Martín, después de haberse puesto un traje nuevo, tomó el autobús que ahora, en reemplazo del viejo coche de ño Lucas, hacía el transporte de pasajeros entre Peumo y la costa. Martín no se asemejaba ahora en nada al antiguo chofer de don Bernardo Donoso. Tenía todo el aspec-

to de un caballero respetable, con su traje de buen corte, su abrigo de costoso paño, su sombrero de fieltro y su bigotillo recortado.

Cuando se bajó en el pueblo de Navidad, preguntó por el pescador Galleguillo. Este seguía siendo siempre el mismo pescador y vivía todavía en la misma cabaña. Al punto se dirigió a la cabaña. Los dos esposos no reconocieron al antiguo comerciante de Peumo que nunca había vuelto para reclamar la redada de pescado que había comprado de antemano y por la cual había pagado anticipadamente la mitad del precio convenido.

Invitado a tomar asiento, dijo:

—Pertenezco a la Sección de Investigaciones y estoy encargado por una rica familia de San Fernando de buscar a dos niños que fueron raptados hace diez años atrás en circunstancias misteriosas.

Estas palabras causaron un gran efecto en los modestos pescadores. Martín fingió no darse cuenta de ello y prosiguió:

—Las pesquisas han sido infructuosas hasta ahora. Pero una información anónima ha venido a orientar de nuevo las pesquisas. La policía logró saber que ustedes adoptaron hace diez años a dos criaturas abandonadas en el mar.

—¡Es verdad! balbucearon los esposos Galleguillo.

—Ahora, una de esas criaturas, una niña, debe tener unos doce años, ¿verdad?

—Sí, señor, respondió la buena Catalina. Pero...

—Ustedes comprenderán, interrumpió Martín, la alegría que va a tener esos padres cuando sepan que sus hijos están vivos y que fueron recogidos por unas personas



Poco después, Benito Martín se despedía de los pescadores.

tan buenas y tan honradas como ustedes. Y esos padres son ricos, muy ricos. Sin la menor duda sabrán recompensar con largueza todos los sacrificios que ustedes han hecho por esos niños. ¿Quieren ustedes hacerlos venir para comunicarles la dicha que les espera?

Sin responder, Galleguillo inclinó la cabeza, mientras Catalina estalló en sollozos. Martín frunció las cejas presintiendo alguna desgracia.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Por qué llora usted, señora? preguntó sin poder ocultar su ansiedad. ¿Acaso... han muerto?

—No.

—Y entonces, ¿por qué...?

—Señor, hace algunas semanas que los niños se fueron de nuestra cabaña...

—¿Se fueron? ¿A dónde?

—¡Ah, si lo supiésemos, ya los habríamos hecho volver aquí señor, respondió Galleguillo.

Martín recibió esta noticia como

si hubiesen descargado un garrotazo en su cabeza. ¿Sería posible que todos sus proyectos tan largamente acariciados y preparados se derrumbaran ahora como un castillo de naipes? Preguntó tratando de indagar por qué no estaban allí los niños.

—No comprendo por qué se fueron.

—¿Acaso los maltrataban ustedes? preguntó severamente.

—¡Oh, no, señor! protestó Catalina.

Francisco Galleguillo explicó:

—No tenemos por qué avergonzarnos de explicarle a usted los hechos, señor. La razón de esa partida es fácil de comprender. Nosotros no somos ricos, nunca lo hemos sido. La miseria se hacía sentir cada día con más violenta fuerza. Esos niños no querían ser una carga para nosotros y se marcharon para aliviar nuestra miseria. Eran demasiado niños para comprender que su partida nos iba a sumir en una gran pe-

sadumbre.

—Pero, ¿esos niños no les han enviado noticias tuyas desde que se fueron?

—Nunca.

—¿Qué fatalidad!

—Un día tuvimos una alegría, pero duró poco. Un caballero de Santiago nos envió una carta en la que nos comunicaba que él había recogido a los niños y que pensaba traerlos aquí... Pero más tarde recibimos un telegrama del mismo caballero en el que nos comunicaba que los niños habían abandonado también bruscamente su casa. Creo que el diablo lleva a esos niños a través del mundo.

—¿Tienen ustedes la dirección de ese caballero?

—Sí, está en la carta que nos envió.

Galleguillo fué a buscar la carta que estaba guardada en el cajón de una mesita.

Aquí está.

Martín leyó la carta y en seguida apuntó la dirección en su libreta de apuntes: Sergio Villela, Avenida República N.º 543, Santiago.

—¡Muchas gracias! Parto inmediatamente para Santiago. Tal vez ese caballero me dé más noticias.

—¿Por qué no nos hace el favor de tenernos al corriente de sus pesquisas, señor? pidió Catalina.

—¿Como no! Pierdan cuidado. En cuanto sepa algo más de esos niños, les escribiré.

Martín se levantó para despedirse y dijo:

—¿Supongo que habrán guardado ustedes las ropitas de los niños cuando los recogieron del mar?

—¡Claro! Las tenemos guardadas como recuerdo. ¿Quiere verlas usted?

—No; basta que las tengan ustedes. Sé que están en buenas manos. Eso sí, les recomiendo que a nadie digan una sola palabra de esto. Es conveniente para no entorpecer las pesquisas.

Martín se despidió cordialmente de los buenos pescadores y dejó dos billetes de cien pesos sobre la mesa.

El antiguo chofer y cómplice de Bernardo Donoso, tomó el autobús que dentro de poco iba a partir para Melipilla y llegado a esta ciudad, esperó el tren que debía conducirle a Santiago.

Al día siguiente, después de haberse alojado en un hotel cercano a la Estación Central, se fué a merodear por los alrededores de la casa de don Sergio Villela. Tenía el propósito de seguir fingiéndose agente de Investigaciones; pero como ahora debía tratar con gente superior y no con unos sencillos pescadores, resolvió esperar a que estuviera ausente el dueño de casa. Con las mujeres podía entenderse mejor.

No le fué difícil acechar el momento en que el patrón salió en el auto con su chofer. Y en el acto Martín se hizo anunciar. Fué recibido por doña Ana de Villela. Sin perder tiempo en vanos preámbulos, Martín expuso el objeto de su visita, asegurando que era un agente que trabajaba por cuenta de la familia de aquellos niños vagabundos que ignoraban su propia personalidad. Doña Ana le contó entonces lo que sabía y le habló de la famosa chaqueta con el dinero oculto en sus forros, que debían entregar a una tal Domitila Barrientos en la calle Dolores N.º 85.

(Continuará)

De lucha quedan hartos los súb



1. La entrevista de aquellos emisarios con D. Martín Galas y el gobernador, es de los actos menos rutinarios que expresan de las luchas el dolor.



2. Con la escolta se alejan, van veloces. El rey Muerde Lagartos los espera y temen que un rebusno de don Cocos, pueda frustrarles una paz sincera.



3. Mientras que don Martín hace su cuenta, Pepito va explicando lo ocurrido, pues el gobernador experimenta la gran sorpresa al ver cómo ha salido.



4. Se acercan de columna y sonrientes, los súbditos del rey Muerde Lagartos, portadores de ofrendas y presentes, que deben valer muy buenos pesos.



5. Falsanes, pifias, vacas, panes, cocos... y algún que otro colmillo de bisonte. ¡Unos cuantos regalos! ¡No son pocos! ¡Llegan las filas hasta el horizonte!



6. Y cuando Don Martín va a hacer la lista de regalos, nota que nunca acaba, e igual que cuando lee esta revista ve que al gobernador le sonríe la cara.

ditos del Rey Muerde Lagartos



7. Luego Muerde Lagartos se presenta rodeado de ilustres mandarines. D. Martín que, con poco se contenta, se estira más que un par de calcetines.



8. Los cuatro actores de más importancia, en los preparativos de la paz, demuestran su alegría y su arrogancia llevando la sonrisa a flor de faz.



9. Chochi, también se suma al movimiento que inició Don Martín tan felizmente, y en prueba de la paz, el armamento va recogiendo Chochi, diligente.



10. Los niños, como saben que Pepito no les guarda rencor por lo pasado, para obsequiarle, llevan un ramito de flores, que ellos mismos han cortado.



11. Acabó la función, de que están hartos. Un abrazo y olvido a malas ideas, los súbditos del rey Muerde Lagartos deben su bienestar a Martín Galas.



12. Pepito con sus nuevos amiguitos, presencian la función que les ofrecen con estas danzas, Chochi y los monitos. ¡Y los aplaudirán! ¡Se lo merecen!

El Alba de la Patria Nueva

Un poco más de tres años hacía ya que Chile, y especialmente su Capital, estaban bajo el duro yugo del gobierno de don Casimiro Maricó del Pont.

En la modesta casita de la señora Rosa, toda la familia rogaba diariamente por la vuelta del padre y esposo a quien no veían ni sabían nada de él desde el desastre de Rancagua. Daniel, su hijo mayor, acababa de cumplir catorce años y Anita tenía siete.

La pobre señora Rosa, haciendo frente a las necesidades del momento para poder mantener a sus hijos, había aceptado como una bendición de Dios, el encargo de lavar la ropa a los oficiales del temido regimiento de Talavera. Y por esta causa, su modesta casita era muy frecuentada por los soldados realistas.

Todo habría ido bien para la pobre mujer, si no hubiese sido por el trato descomedido y hasta grosero que le daban los soldados. Verdad es que entre éstos había también algunos que le demostraban un sincero afecto protector; pero... ¡eran tan pocos! Casi todos eran rudos guerreros que no sabían de finezas; las incontables batallas que habían reñido en tierras americanas, les habían endurecido los sentimientos.

—¿Cuándo no vendrán más los soldados, mamita? solía preguntar la chiquitina.

—Cuando vuelva el tata, respondió Daniel con energía.

Estaba seguro de que cuando volviera el "tata" ninguno de aquellos soldados se atrevería a poner los pies en la casa. Y mientras el muchacho alimentaba esa brios

esperanza, la madre volvía la cara y se enjugaba una lágrima furtiva. Luego, llegada la noche, la señora Rosa hacía arrodillarse a los niños y les dictaba esta oración: "Padre nuestro que estás en los cielos, el pan nuestro de cada día dánosle hoy y haz que nuestro tata vuelva pronto sano y salvo. Amén".

Una noche calurosa del mes de Febrero, la señora Rosa iba ya a cerrar los postigos de la ventana enrejada, cuando la silueta de un hombre se deslizó hasta los barrotes de hierro.

—¡Rosa! murmuró una voz que hizo estremecer a la mujer que se quedó mirando aquella cara pegada a los barrotes.

La señora Rosa no quería dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Manuel! exclamó Rosa con voz sofocada y cubriéndose la boca como si temiese haber sido oída.

—¿Estás sola? preguntó el marido, que no era otro el hombre que se había allegado a la reja.

—Sí, entra pronto, no vayan a verte!

El sargento Manuel Pérez, vestido de paisano, con sombrero alón y cubierto con un poncho de huaso, entró en la casita.

—¿Y los niños? preguntó ansiosamente. ¡Tanto tiempo sin verlos, sin verte a ti, mi querida Rosa!

Y el soldado patriota abrazó estrechamente a su mujer. Daniel acudió corriendo al llamado de su madre y se pescó al cuello de su tática, loco de alegría. Luego el padre se acercó a la camita donde dormía la niña y la contempló con infinita



El sargento Pérez no vaciló y saliendo por la puerta trasera ganó el sitio, ternura, sin atreverse a despertarla.

—Manuel, dijo la mujer, corres peligro aquí. Soy la lavandera de los oficiales españoles y muchas veces los asistentes suelen venir por la noche en busca de ropa limpia.

Afuera, en el silencio de la noche, resonaron pesados taconeos de botas militares y se oyeron algunas voces que conversaban en voz alta.

—¡Son ellos, Manuel! exclamó azorada la mujer. ¡Huye, Manuel, escapa por el fondo, salta la tapia y atraviesa el potrero que hay al pie del sitio.

El sargento Pérez no vaciló y saliendo por la puerta trasera ganó el sitio y saltó por encima de la tapia, mientras los soldados llamaban a la puerta de calle.

El sargento Pérez había sido comisionado por San Martín para que se pusiera al habla con Manuel Rodríguez por intermedio del señor Lagunas, caballero perteneciente a una de las principales familias de Santiago y dado por ente-

ro a la causa de los patriotas. Pérez debía comunicar verbalmente al ilustre guerrillero las últimas instrucciones del General en Jefe del Ejército de Los Andes, organizado en Mendoza.

El sargento patriota no había resistido a la tentación de visitar su hogar que había abandonado tres años antes para seguir a O'Higgins en su huida a Mendoza, después del desastre de Ransagua.

Esa noche, después de haber saltado la tapia que daba al potrero, Pérez se alojó a campo raso y, llegada la mañana, se dirigió a casa del señor Lagunas. Pero la casa del señor Lagunas estaba vigilada, pues el gobierno del Presidente Marcó del Pont tenía sospechas de las relaciones que ligaban al caballero con el audaz guerrillero.

Y fué así como los soldados talaveras encargados de vigilar la casa de Lagunas extrañaron la presencia de ese hombre que nunca habían visto por esos alrededores. Pérez fué detenido antes de entrar en la

casa, sin que le sirvieran de nada sus protestas. Su resistencia sólo sirvió para empeorar la situación. Y para colmo de males, una mujer que pasaba a esas horas por la calle, exclamó aturdidamente:

—¡Ay, si ese es Pérez, el marido de la Rosa!

El sargento fué llevado al cuartel donde funcionaba el Tribunal de Vigilancia bajo las órdenes del terrible capitán San Bruno.

El oficial de guardia fué puesto en antecedentes sobre aquella captura y en el acto interrogó al sargento. Este replicó que era un buen realista, que había venido de Rancagua donde trabajaba en las viñas de don Francisco Galaz; pero como le habían dicho que en Santiago se ganaba más plata, se había venido a buscar trabajo en la casa del señor Lagunas.

—¡No te creo una palabra! exclamó el oficial. Cuando te tomaron preso una mujer dijo que eras el marido de la señora Rosa. Acaso tú eres el marido de una tal Rosa que tiene dos hijos, uno que se llama Daniel y una chica llamada Anita? Sabemos que su marido se llama Pérez y es un soldado insurgente.

—¡Yo no soy Pérez, ni tengo mujer, ni tengo hijos.

—Eso lo veremos. Sospecho que eres un enviado de San Martín que pretende la ridiculez de atravesar Los Andes para combatir contra el Rey. ¡Pero mi coronel Maroto y mi capitán San Bruno se encargarán de cortarle las alas a ese San Martín!

—Señor, nada tengo que ver yo con insurgentes, replicó el sargento Pérez.

—A mí no me engañas tú, replicó

el oficial. ¡A ver, dos soldados de guardia! ordenó volviéndose a la gente de tropa que estaba presente.

Dos talaveras se adelantaron.

—Vayan a la casa de la lavandera y tráiganla juntamente con sus dos hijos.

Y los dos talaveras se fueron a cumplir la orden de su jefe, mientras el sargento Pérez permanecía de pie, con las manos esposadas. Una hora de mortal angustia transcurrió antes de que los dos soldados volvieran. Por fin entró uno de ellos:

—Cumplida su orden, mi teniente! dijo, cuadrándose con aquella disciplina que sabían guardar los agueridos soldados de la madre Patria.

El oficial se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta.

—Entre, señora Rosa; hay una visita para usted, dijo desde el umbral.

La señora Rosa a quien la visita de los talaveras había hecho sospechar lo ocurrido, sofocó un grito y se quedó mirando a su marido con ojos asombrados. El sargento levantó sus manos esposadas y dijo:

—No conozco a esa mujer.

—¡Basta de comedias! exclamó. impaciente el oficial. Señora Rosa, abraza a su marido.

—Pero, señor... yo no conozco a este hombre...

—¿Ve usted, como está equivocado, señor oficial? dijo Pérez.

—¡Ah, sí? ¡Ahora lo veremos!

Se dirigió de nuevo hacia la puerta e hizo entrar a los niños, diciéndoles:

—Entren, niños; vuestro padre os quiere abrazar antes de ir al calabozo.

Los niños entraron. Daniel miró

a su madre que permanecía silenciosa a un lado y luego miró a su padre que desvió la vista. Al momento comprendió la situación.

—¡Mi padre! ¿Dónde está mi padre? exclamó.

Anita, que no reconocía a su padre, pues lo había dejado de ver cuando tenía sólo un poco más de tres años de edad, miraba curiosamente a todo el mundo, cogida de las faldas de su madre. El oficial lleno de impaciencia, queriendo terminar de una vez con aquella enfadosa escena, tomó bruscamente a la niña de un brazo y la colocó delante del padre. La niña se echó a llorar. Pérez dió un paso y exclamó:

—Déjela, déjela, usted!

—¡Ah, se interesa demasiado por una chica desconocida! dijo el teniente.

—Soy hombre de corazón... y no puedo ver llorar a un niño.

¡Muy bien! Esto me ha dado una idea.

Y diciendo así el teniente se desabrochó el cinturón y tomándolo a modo de látigo lo levantó para dejarlo caer sobre la niña. Esta vez el sargento no fué dueño de sí mismo y se interpuso exclamando:

—¡No, no! ¡Todo menos eso! Es mi hija!

Los soldados lo sujetaron, mientras el oficial se colocaba el cinturón y decía:

—No pensaba azotar a esta criatura; pero sospechaba que si usted era el padre verdadero, mi gesto lo delataría. Y así ha sido. En la guerra todas las tácticas son buenas.

Momentos después, el sargento Pérez era encerrado en un calabozo.

Cuando Pérez despertó al día si-

guiente, sintió que una gran agitación reinaba en el cuartel. Los soldados corrían de un lado para otro y parecían no preocuparse en lo más mínimo de los numerosos presos que llenaban los calabozos. Estaba aclarando y cuando las luces del alba atravesaron las rejas de la cárcel, el cuartel parecía abandonado. De pronto una turba de paisanos entró en el cuartel abriendo los calabozos y dando libertad a los presos, al mismo tiempo que gritaban:

—¡Victoria, Victoria! Viva San Martín! ¡Viva O'Higgins!

Entonces los pobres presos supieron que el día anterior el Ejército realista había sido derrotado en Chacabuco y que durante la noche Marcó del Pont y las autoridades españolas habían huído a Valparaíso. Las luces del alba del día 13 de Febrero anunciaban el comienzo de la Patria Nueva y eterna.

El sargento Pérez corrió a su casita y esta vez pudo abrazar a toda su familia, seguro de que jamás volvería a interponerse entre él y los seres queridos la sombra de la opresión.

GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE CONCURSO.

CUPON N.º 12



Advertimos a nuestros lectores de provincias, que envían sus cupones para el canje del sorteo de Diciembre, se sirvan cuidar su dirección, enviándola completa y el correspondiente franqueo, o si es posible un sobre listo para devolver los respectivos boletos.

Tío Atilio.— Hemos remitido el boleto a que tenía derecho por los cuatro cupones enviados. Buenos sus dibujos. Se los agradecemos.

Licha.— Bueno su dibujo. Pronto lo verá publicado. Gracias por sus felicitaciones.

Briosen.— Muy buenos sus dibujos, como también sus demás cola-

boraciones. En breve las verá aparecer en esta revista.

Rex.— Sus colaboraciones son algo deficientes, trate de mejorar los dibujos y los verá publicados.

EL SECRETARIO

Soluciones de los Pasatiempos del N.º 20

Formas Verbales, por TIO ATILIO. — "El Colegial".

Greta Garbo, por CHECHE.—Mickey Rooney y Clark Gable.

Jeroglífico, por ARPE.—Camarón.

Charada Ilustrada, por BRIOSEN. — Termómetro.

Jeroglífico, por LORE.—Cortés.

Jeroglífico, por NINO.—Caracol.

Merecieron los premios de \$ 5 a TIO ATILIO, por "Formas Verbales", y \$ 5: ARPE, por su Jeroglífico.

Habiendo llegado muchas soluciones exactas se sortearon cuatro premios, correspondiendo \$ 5 a Carolina Gallardo, (San José de la Marquina); \$ 5 a Huger Jiménez, (Gorbea 2970, Santiago; \$ 5 a Ernesto Barahona, (Freire 310, Concepción); y \$ 5 a Sergio Navarro H., (Garibaldi 1542, Santiago).

Los favorecidos en Santiago, pueden pasar por sus premios a Librería "CLARET", Avda. Diez de Julio 1140, los días Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Los de provincia deben solicitarlos por carta al Director de "EL COLEGIAL", Casilla 6562, Santiago.

Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD

5 Premios de \$ 200

5 " " " 100

10 " " " 50

Cortes de género.

Cortes de casimir.

Baterías de cocina.

Medias.

Suscripciones semestral a

"EL COLEGIAL".

Pelotas de fútbol.

Chombas.

Bicicletas para niños y niñas.

Radio.

Zapatos para niños.

Zapatos para niñas.

Tazas de porcelana.

Calcetines.

Juegos de Té.

Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140

DON DIEGO DE LA NOCHE

O. BERTERIANA SP

FAMILIA: ONAGRACEAS

Su nombre indica que la planta posee la propiedad de abrir sus flores en la noche, permaneciendo éstas cerradas durante el día. Don Diego de la Noche abunda en gran parte de nuestro territorio; se le encuentra desde Coquimbo hasta las provincias australes.

Prefiere terrenos arenosos; se la encuentra por lo general a orillas de los ríos, donde antiguas inundaciones han depositado suficiente cantidad de arena para formar una costra que se adapte a sus exigencias.

Las hojas son sésiles, agudas, dentadas a distancia. Su color es verde ceniciento. Deben ser protegidas de los animales herbívoros.

Florece el don Diego de la Noche, la mayor parte del año, desde la primavera hasta el otoño.

El fruto es una cápsula alargada que contiene numerosas semillas en sus cuatro cavidades.

Merece esta planta ser cultivada en los jardines por sus hermosas flores amarillas.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

ERAX SPECIOSUS PHIL

Las especies de moscas que constituyen la gran familia de los Asilidos son muy voraces, son como los tigres entre los mamíferos.

Esta mosca que tratamos aquí es muy común en las playas del mar y de los ríos, es un terrible enemigo del Himenóptero *Sphex latreileli* Lps., al que persigue tenazmente y rara vez se le escapa, en vista de serme muy común el ver cómo cazan esta mosca no me llamaba mayormente la atención; pero un día en la playa de Punta de Talca, ví volar un insecto y posarse a pocos metros de mí; me aproximé con todo cuidado con mi red y me impuse con verdadero asombro, al ver a este Díptero saborear tranquilamente las partes blandas de *Megathopa villosa*, le había introducido su chupón entre el tórax y el abdomen. Lo cazé y lo puse en frasco con cianuro para que el ácido cianhídrico le diera su justo castigo.





EL TIO TRANQUILINO



1. Filuchín había echado su buquecito al estanque y ahora no podía recogerlo a pesar de los esfuerzos que hacía con la varilla. Entonces llegó el tío Tranquilino.



2. Dame la varita, Filuchín, le dijo al niño; yo pescaré tu buquecito. El niño se la dió y el tío Tranquilino, valiéndose de su paraguas a modo de sostén, decidió pescar.



3. El mango del paraguas se engarfió en el poste del letrero y así el tío Tranquilino pudo inclinarse cuanto quiso sobre el estanque y pescar el buquecito del niño.



4. Pero en eso llegó Patas de Rana y sacó el poste del letrero para que el tío cayera de cabeza en el estanque. Pero al haberlo el mango del paraguas buscó apoyo.



5. Y ese apoyo fué la propia pierna de Patas de Rana que enganchada por el mango del paraguas perdió el equilibrio derribándolo sobre el duro suelo.



6. De este modo el tío Tranquilino se salvó de caer al agua y en cambio cayó Patas de Rana que se zambulló en el estanque como si hubiese sido rana de verdad.



7. Medio ahogado levantó la cabeza el mal intencionado muchacho y sobre la cabeza apareció el buquecito. El tío Tranquilino con toda delicadeza lo pescó.



8. Aquí lo tienes, Filuchín, dijo el tío entregando el juguete al niño, mientras éste grita entusiasmado: ¡Hurra por el tío Tranquilino, el más ingenioso de los tíos!